

## **Chile entre dos Centenarios. Historia de una democracia frustrada**

**Rafael Luis Gumucio Rivas** (Chile) 29 de noviembre de 2006

### **Resumen:**

En este artículo se analizan las frustraciones de la lucha democrática en diversos períodos de la historia de Chile: en pocos lapsos de la historia nuestro país ha logrado una alta participación popular y la expresión plena de la soberanía de los ciudadanos como lo hizo en los años 70, en que gracias a las reformas electorales se amplió el derecho a sufragio a los mayores de 18 años, a los analfabetos y se instauró la cédula única que eliminó el cohecho. Largos trazos de nuestra historia se pueden definir, aunque parezca una contradicción, como una democracia oligárquica, heredera del despotismo ilustrado. En este trabajo, basado en el método histórico-comparativo, pretendemos contrastar los dos Chiles: uno en el Centenario, (1910), y otro en la actualidad, a menos de cinco años del Bicentenario. En ambos casos existen muchos elementos de similitud, a pesar de los diferentes contextos históricos.

### **Introducción**

El economista Aníbal Pinto escribió, hacia los años cincuenta, un libro clásico llamado, “*Chile, un caso de un desarrollo frustrado*”, en el cual afirmaba que Chile tenía una política sofisticada, con muchas similitudes a la europea y una economía igual a los países del tercer mundo. En la actualidad, parece que esta paradoja se ha puesto de cabeza: tenemos índices macroeconómicos excelentes y una política cada vez más desprestigiada .

La idea de democracia nunca ha predominado en la historia universal y nacional: a pesar de su buena reputación, que hace que aun países totalitarios se vistan con su nombre, como era el caso de la fenecida República Democrática Alemana, la mayoría de los pensadores políticos no han demostrado demasiada afección al *gobierno del pueblo, con el pueblo y para el pueblo*. La política fue siempre concebida como una actividad de minorías preclaras y de gran capacidad tecnológica.

Para Sócrates parecía inaceptable que la polis pagara a granjeros, cultivadores de olivos, para que pudieran votar en igualdad de condiciones con los filósofos, buscadores de la justicia y de la verdad. Platón, su discípulo, buscará la polis ideal en el sentido del reino de los filósofos. Calicles, el más político de los sofistas, alabará la tiranía.

Sostengo que la utopía siempre estuvo en contradicción con la idea democrática: los mundos ideales, buscados por Tomás Moro y Campanella, son más bien sociedades igualitarias monásticas, donde junto a la búsqueda de la igualdad, siempre existe un orden jerárquico. Estas ciudades ideales están muy lejanas del autogobierno del pueblo. Tampoco las rebeliones campesinas, del siglo XVI están inspiradas en el ideal democrático: su base apocalíptica hace a los campesinos rebelarse contra un orden injusto, posiblemente para instaurar la igualdad, pero en ninguna de las *jaqueries* hay una idea de autogobierno. Tampoco las teologías de la liberación, planteadas por Lamennais y otros, existe una concepción democrática que supere

la búsqueda de justicia frente a la naciente explotación capitalista. No puedo ver en las Icarias o los falansterios de los utópicos del siglo XIX más que un orden perfecto de una sociedad igualitaria.

Los filósofos políticos modernos no se caracterizan por su adhesión a la democracia: tanto Maquiavelo, como Hobbes, pretenden liberar a la política de la tutela de la ética religiosa cristiana para centrarla en la teoría del poder; “*más vale ser temido que amado*”, sostiene Maquiavelo, y Hobbes, por su parte, dice que “*el hombre es el lobo del hombre*” y que la sociedad primitiva se caracteriza por la lucha de unos contra otros, y que debe ser contenida y regulada mediante la coerción, aplicada por este demonio que es el Leviatán. Para el liberalismo, lo central siempre será la libertad económica que, a través del mercado, reparte los bienes como en la multiplicación de los panes bíblicos, pero los Lazaros modernos siempre recogen sólo las migajas. Para Weber, el Estado aplica la violencia legítima, supuestamente aceptada de buen grado por los ciudadanos.

El sufragio universal fue una conquista gradual de las organizaciones obreras, y fue visto por las élites con verdadero horror: Cómo puede ser que las masas ignorantes y desposeídas tengan la misma participación, por medio del voto, en el gobierno de la nación. Por ejemplo, a comienzos del siglo XX, José Ortega y Gasset escribió libro “*La rebelión de las masas*”, en el cual, en forma casi cinematográfica describe cómo las masas ignorantes invaden todos los lugares que antes eran de uso exclusivo de las élites; el dominio de la masa terminará por destruir todo concepto de aristocracia intelectual, invertebrando a las sociedades.

Muchas formas se inventaron para limitar y domesticar el sufragio universal: primero fue el sufragio censitario – sólo votan quienes posean propiedad o bienes demostrables-; posteriormente, el voto plural, que entregaba más sufragios a quienes poseía mayor educación; cuando todas estas estrategias fallaron apareció, como correctivo del sufragio universal, el cohecho, que consiste en la compra de conciencia por dinero. Para domesticar el peligroso sufragio universal se formaron los partidos políticos, muchos de ellos nacidos de las organizaciones sindicales, como el laborismo o la social democracia. Duverger los llama partidos de masas, que poco a poco fueron burocratizándose y sosteniendo oligarquías en el poder. Con razón Michels sostiene que donde hay organización surge la burocracia.

Por esencia, los movimientos libertarios niegan la importancia de la política: están convencidos que una gran huelga general de masas destruirá tanto al Estado, como a la religión. Tampoco el espontaneismo, surgido tanto en Europa, como en América Latina, tiene como horizonte la democracia, el centro de su preocupación es la revolución autogestionaria de masas. Para Marx, la conquista final de la libertad sólo será posible en la sociedad comunista, una vez expropiado a los expropiadores, por medio de una dictadura revolucionaria.

En Chile, estas mismas fragilidades antes descritas, se dieron a través de la evolución histórica. Nuestra independencia no es más que la herencia de un despotismo ilustrado, de carácter republicano. Es cierto, como lo han probado historiadores como Joselyn-Holt (1999) y Luis Vitale (1967), que en este período existieron rebeldes propagadores de los ideales liberales de la Revolución Francesa, sin embargo, el predominio de la aristocracia castellana vasca, de Santiago y de los militares de Concepción, es difícil de contrarrestarlo con las prédicas del padre Origüela o las aventuras guerrilleras de Manuel Rodríguez.

El período que va desde la caída de O'Higgins, hasta 1830, ha sido vilipendiado por la historiografía conservadora: autores como Encina, Edwards y Vial describen, con tono burlón, aquella época en que los "pipiolos" buscaban formas de construir un Chile inspirado en los ideales liberales europeos. Personajes como el padre de la Patria, José Miguel Infante, quien buscó el federalismo frente a una aristocracia extremadamente centralizada, y José Joaquín de Mora, que redactó la primera Constitución liberal en Chile, en 1828, o son satanizados o presentados como utopistas locos o desconformados cerebrales, en el curioso lenguaje de Francisco Encina.

La guerra civil, que terminó con la batalla de Lircay, reimplantó el predominio absoluto del autoritarismo pelucón. El "*peso de la noche*", de Portales, no es más que el afán de mantención del orden social, a todo precio. Incluso, Portales sostiene que si su padre se rebelara, de inmediato lo fusilaría. El manejo del Estado no es más que la defensa de los buenos soldados contra los pilluelos y malvados, estos últimos eran nada menos que Ramón Freire y los pipiolos. *Palo y biscochuelo bien administrado*, como sostenía Portales, resume todo el arte de gobernar. Para Jocelyn-Holt, Portales no es más que un pragmático del poder. La famosa frase portaliana, "*el peso de la noche*", resume toda su concepción política. "*El orden social se mantiene en Chile por el peso de la noche y porque no tenemos hombres sutiles, hábiles y cosquillosos: la tendencia casi general de la masa al reposo es la garantía de la tranquilidad pública. Si ella faltase, nos encontraríamos a oscuras y sin poder contener a los díscolos más que con medidas dictadas por la razón, o que la experiencia ha enseñado a ser útiles; pero, entre tanto...*" (cit. por Jocelyn-Holt 199:148). Tampoco le importaban a Portales las leyes y constituciones: "*En Chile la ley no sirve para otra cosa que no sea para producir anarquía, la ausencia de sanción, el libertinaje, el pleito eterno, el compadrazgo y la amistad... De mí se decirle que con ley o sin ella esa señora que llaman la constitución hay que violarla cuando las circunstancias son extremas. Y que importa que lo sea, cuando en año la parvulita lo ha sido tantas por su perfecta inutilidad*". (Cit. por F. Portales, 2004:3). Es evidente que la fantasía spengleriana del gobierno impersonal de Portales, y del famoso resorte de la máquina, no es más que la instauración del despotismo ilustrado bajo el ropaje de la república.

El mito del orden, en el siglo XIX, ya no resiste ningún análisis: a pesar de los intentos por anular la memoria de Bilbao y Arcos o de burlarse de los girondinos chilenos, la Sociedad de la Igualdad, como embrión de organización de los artesanos, puso en cuestión al autoritarismo pelucón. Santiago Arcos se niega a la alianza de las ideas socialistas y comunistas utópicas con el liberalismo; es el primero en plantear una reforma agraria y en herir en el corazón a una aristocracia castellano-vasca, pacata y autoritaria. Si bien el movimiento de las mutuales pasó por etapas de alejamiento de la política prefiriendo el socorro mutuo entre las víctimas de la explotación, en algunas ocasiones muy especiales apoyaron candidaturas de artesanos, o presidenciales, como en el caso Vicuña Mackenna, rápidamente abandonada cuando este recibe el apoyo de los conservadores.

Si bien el reformismo liberal logró limitar el período presidencial a cinco años y ampliar el derecho a voto a los veintiún años, presumiendo la posesión de un bien raíz, con exclusión de las mujeres, siempre siguió aplicándose la idea central del presidente de la república como el único elector, pues por medio de la intervención electoral lograba imponer a su sucesor y elegir a la casi totalidad, del Congreso. El partido conservador, clerical, surgido de la "*cuestión del sacristán*", estuvo siempre proscrito de la actividad política. Todos los candidatos rivales del partido liberal fueron siempre fácilmente derrotados. Así ocurrió con Urmeneta, con Baquedano,

con Vicuña Mackenna y con José Francisco Vergara; de ahí que el partido conservador aparezca como libertario, pues defendía la libertad electoral frente al brutal intervencionismo presidencial. En una ocasión, ingenuamente, Abdón Cifuentes se atrevió a preguntar al presidente Errázuriz Zañartu, cuándo habrá elecciones libres en Chile y el presidente le respondió que nunca. Más cínico aún, en su afán intervencionista, lo fue Domingo Santa María: *“Entiendo el ejercicio del poder como una voluntad fuerte, directora, creadora del orden y de los deberes de la ciudadanía. Esta ciudadanía tiene mucho de inconsciente todavía y es necesario dirigirla a palos...Entregar las urnas al rotaje y a la canalla, a las pasiones insanas de los partidos, con el sufragio universal encima, es el suicidio del gobernante y no me suicidaré por una quimera. Veo bien y me impondré para gobernar con el mejor y apoyaré cuanta ley liberal se presente para preparar el terreno de una futura democracia. Oiga bien; futura democracia”* (F. Portales, 2004:3).

En todo el siglo XIX, tanto Portales, como Errázuriz, Santa María y Balmaceda, pospusieron la conquista de la democracia a un futuro utópico y lejano, cuando las costumbres y las virtudes se perfeccionen. Como en el despotismo ilustrado, se *gobierna para el pueblo, pero sin el pueblo*. A pesar del mito construido a posteriori sobre Balmaceda, este seguía creyendo en la fuerza de la intervención presidencial, al viejo estilo portaliano.

El objeto de este trabajo, después de esta somera introducción al contexto histórico del siglo XIX, está centrado en el estudio histórico comparativo de Chile entre sus dos Centenarios: el de 1910 y el que ha de venir en el 2010. Por cierto que la labor del historiador no es hacer profecías, como lo sostenía Hegel, sino analizar analogías y diferencias entre dos períodos que, a mi modo de ver, contienen más similitudes que las que un desaprensivo lector pueda captar.

**(II Parte)** 03 de diciembre de 2006

### **Los dos Chiles del Centenario**

El estudio histórico comparativo tiene el peligro de sostener analogías discutibles, pero permite comprender los procesos históricos desde una concepción holística y abrir nuevos caminos a la indagación y análisis de los procesos históricos. Por ejemplo, es muy difícil comprender los Frentes Populares, de los años 30, sin recurrir al gran viraje de los partidos comunistas, en el VII Congreso de la Internacional. Como lo probé en un estudio anterior (Huasbe Gumucio 1973), las relaciones entre los Frentes Populares francés, español y chileno, son fundamentales en el entendimiento de la política chilena, a partir del gobierno de Pedro Aguirre Cerda. Las ideas de Dimitrov, transmitidas en Chile por Kazán y Ravines, agentes de la Internacional, fueron importantes en el viraje del Partido Comunista, desde la estrategia sectaria obrerista, de lucha de clase contra clase, a la apertura hacia la alianza de clases con los partidos burgueses, en especial con los radicales.

El simbolismo tiene mucha importancia en la historia: ambos Centenarios nacen después del suicidio heroico de dos presidentes emblemáticos: José M. Balmaceda y Salvador Allende. No es el momento de discutir sobre su proyección histórica, sin embargo, la guerra civil de 1891, (significó más de 10.000 muertos), y el golpe militar de 1973, junto con causar una estela de muerte, tortura y exilio se caracterizó por el largo período de persecución de los vencidos. Por cierto, en el caso del parlamentarismo rápidamente se buscaron leyes de amnistía que permitieron inaugurar *“la vía chilena a la reconciliación”*. En la tiranía de Pinochet, el terrorismo de Estado se ensañó con los vencidos por más de 17 años. Creo que ninguna

comparación podría establecerse entre la auto amnistía decretada en la dictadura pinochetista y las leyes dictadas en la república plutocrática, a favor de los ex balmacedistas.

En el período de transición a la democracia, aún bajo la tutela militar, se han intentado varias vías de reconciliación que, en general, han favorecido la impunidad de los torturadores y personeros de la tiranía. Por ejemplo, el Informe Rettig no menciona a ninguno de los culpables de secuestro y desaparecimiento de personas; la Mesa de Diálogo no ha servido para encontrar los cadáveres de los detenidos desaparecidos; el Informe sobre Prisión Política y Tortura omite, olímpicamente, los nombres de los torturadores. Sólo algunos casos judiciales, como el que lleva el Ministro Alejandro Solís, han permitido apresar a la plana mayor de la DINA y, en otro caso, a la dirección de la CNI. Para lograr estos contados éxitos han tenido que transcurrir más de 30 años.

La reconciliación ha significado, tanto en 1891, como en la actualidad, que los partidos políticos, que defendieron los ideales de Balmaceda y Allende, se hayan tenido que amoldar al país construido por los vencedores. Nada más vergonzoso que la adecuación de los liberales democráticos, antiguos balmacedistas, a las transacciones del decadente parlamentarismo, dirigidos por un especulador de la bolsa y un gran embaucador como lo era Juan Luis Sanfuentes quien, con un cinismo digno de la mejor causa, sostenía que se había acabado la época de los “*grandes repúblicos*”, como Manuel Montt, MacIver, Vicente Reyes, y tantos otros. Hoy predomina el pragmatismo, lo que hay que hacer hoy es enriquecerse. El partido liberal democrático participa de todos los juegos parlamentarios y su principal objetivo es lograr puestos para sus militantes. Creo que algo similar ha ocurrido con parte de los seguidores de Salvador Allende. En ellos ya nada queda de los ideales de cambiar una sociedad. El PPD y el PS se amoldan perfectamente al neoliberalismo, que utiliza la democracia como un vestido más decente para someter la política al mercado. Poco les importa que las mayorías nacionales rechacen a los políticos, pues esta es una casta que se auto genera en base a un sistema electoral que garantiza, como en el parlamentarismo, la subsistencia de dos grandes combinaciones políticas y de un pequeño número de partidos: 6 en cada caso. Ninguna voz disidente puede ser elegida

Otro punto de similitud entre ambos períodos lo constituye el sistema electoral restringido: el binominalismo, que le parece tan sui generis a algunos analistas políticos, pero que no fue un invento de Pinochet; bastó que un avezado e inteligente asesor, conocedor de las Memorias de mi abuelo, Manuel Rivas Vicuña imitara, casi exactamente, un proyecto de ley propuesto por el más duro de los contradictores del parlamentarismo, el último pelucón historiador, don Alberto Edwards, en esos tiempos miembro del Partido Nacional. La reforma electoral de 1911 dividía el país en un sinnúmero de pequeñas circunscripciones, donde cada una elegía dos diputados, lo que garantizaba que la minoría con solo obtener el 33% de los sufragios podía asegurar un diputado y, la mayoría, debería obtener un 66% de los votos para lograr la representación. El “*empate*” perfecto que tanto gusta a los chilenos. (Rivas Vicuña, 1930: 579).

Pareciera que nada ha cambiado: muchos de los concertacionistas se han amoldado perfectamente al famoso y antidemocrático sistema binominal. Por ejemplo, los senadores no sólo tienen garantizados sus puestos por ocho años, sino que fácilmente pueden ser reelegidos eternamente, bastándole para lograrlo mantenerse en las cúpulas de sus respectivos partidos. Se sabe, mucho antes de la elección, que el senado terminará empatado entre las dos combinaciones, pues es casi

imposible, por la división electoral, que en alguna circunscripción se logre duplicar la votación. Como broma, me atrevo a proponer la suspensión de la elección de senadores limitándola a una interna de los partidos y donando las enormes sumas de dinero que se gastan en las campañas a una institución de beneficencia.

Lo dicho anteriormente hermana aún más la llamada transición a la democracia a la famosa república plutocrática. Son los mismos nombres, los mismos escenarios, los mismos cubileteos políticos los que se reparten los puestos de figuración: ora uno es senador, ora otro es ministro o, el siguiente, alto funcionario. Cuando algunos de esta “*tribu de Judá*”, como la llamaba Vicuña Fuentes, comete un desliz o mete las manos en la caja fiscal, en vez de castigársele, se le envía a un jugoso puesto secundario. El juego del enroque permite la pervivencia de estas verdaderas castas, cada día más alejadas de la sociedad civil. Ya no son los Ovalle, los Valdés, los Errázuriz, los Montt, los Riesco, los Sanfuentes..., que no aceptaban que ningún siútico, como los llamaban en la época, se atreviera a postular a la primera magistratura. Sin ninguna vergüenza expulsaron de su seno a Antonio Varas y a Heliodoro Yáñez Ponce de León, por no poseer la alcurnia necesaria. La clase política de hoy, la mayoría se formó en las ONGs y en el exilio: ya no pertenecen a la oligarquía, pero rápidamente, por el azar de tanta transacción se fueron acomodando y se transformaron en gerentes de grandes empresas, presidentes de bancos y asesores que, al igual que en el parlamentarismo, esta tribu de nuevos ricos que le sonríen a la derecha pinochetista, son impenetrables para el ciudadano común y corriente. Desde las alturas, tan rápidamente conquistada, escriben panfletos apologeticos, al Chile neoliberal.

Los escándalos de tipo financiero no son más que subproductos de esa abrupta separación entre la ética y la política. Ahora lo único que importa es el éxito. Y la pobreza –para que nadie lo olvide– es asumida como un verdadero castigo de Dios, como lo sostiene la ética calvinista. ¿Por qué no confundir el dinero del Estado con la caja chica personal o la de una ONG? Como se consideran seres privilegiados por su inteligencia y sagacidad, como están asegurados en sus cargos por largo período, por qué no caer en la tentación de recurrir al dinero de las arcas fiscales. En este plano también se hermanan ambos Centenarios: en la república parlamentaria los diputados, senadores y ministros, en su mayoría eran directores de empresas salitreras o abogados de grandes bancos; por ejemplo, Arturo Alessandri no tuvo ningún empacho en defender los intereses de una gran compañía explotadora del caliche, siendo senador en ejercicio; Eulogio Altamirano era el abogado principal de la Casa Gibbs; otros como Zegers era abogado de Thomas. North; el conservador Carlos Walker de Puelma; ex presidentes como Germán Riesco, oficiaban de gestores (“*operadores*”, les llaman hoy) ante el parlamento, o ante el presidente de la república, en representación de un banco a punto de quebrar, aunque no logró la intervención del macuco presidente Barros Luco para salvarlo con dineros del Estado. Las oficinas salitreras más rentables se repartían entre los políticos. Así ocurrió con los repartos de las tierras de la Araucanía y de Magallanes. En la quiebra de la Casa Granja, propiedad de un rico español que explotaba algunas salitreras del norte, intervino directamente para salvarla, el ministro del Interior de don Pedro Montt, Rafael Sotomayor, quien tenía intereses comprometidos en dicha empresa. La desafección de la opinión pública por tanto escándalo llevó a la crisis definitiva del sistema, durante los años veinte.

Han sido necesarios más de treinta años para que la opinión pública pueda conocer, en toda su magnitud, el verdadero asalto a los dineros del Estado, que llevó a cabo la dictadura de Pinochet. Un pacto secreto de transición, impulsado por el miedo al dictador, quien conservaba la comandancia en jefe del ejército,

mantuvo en sordina el no pago de la deuda subordinada de los bancos, que estuvieron a punto de quebrar, a raíz de la crisis económica de los años 80. Las famosas privatizaciones se constituyeron en un gran negocio para los seguidores y beneficiarios del régimen: algunos eran simples funcionarios públicos y, de la noche a la mañana, se convirtieron en prósperos empresarios. Un caso emblemático lo constituye el famoso yerno de Pinochet, Ponce Leroux, actualmente propietario de la principal empresa salitrera chilena. Últimamente se han descubierto algunos negocios, gracias a una investigación del senado de los Estados Unidos, dirigida al control de lavado de dinero. Diversas cuentas a nombre del propio Pinochet y de su familia que, incluso usando nombres falsos, como “*Daniel López*”, pasaportes adulterados, poseían más de US\$15.000.000, según lo investigado por el Ministro Muñoz, a cargo de este caso.

A pesar de que Chile cuenta con una buena posición ante las agencias calificadoras de corrupción, los casos graves de mala utilización de fondos fiscales se han sucedido durante los tres gobiernos de la Concertación. A fines de la administración de Patricio Aylwin fue descubierto un boquete en los fondos de CODELCO, provocado por un funcionario de esta empresa, Juan Pablo Dávila. La pérdida total se calcula en US\$ 218 millones, de los cuales sólo se han recuperado US\$ 57 millones. Es difícil pensar que un negocio de esta magnitud haya sido posible sin el conocimiento de los directores de la empresa, como Alejandro Noemí y otros altos mandos; el único que pagó con cárcel, por delito tributario, fue Dávila quien, hoy converso al protestantismo, enseña en una universidad adventista de Chillán.

Otro escándalo de proporciones lo constituye el caso de las famosas indemnizaciones a todo evento, que le significó al fisco un gasto de US\$ 111 millones de dólares, convirtiendo en millonarios a personas que trabajaron en la administración pública durante un corto período.. Otro escándalo fueron las famosas casas COPEVA, viviendas populares pésimamente construidas, a cargo de la familia Pérez-Yoma, emparentado directamente con el ministro de defensa del gobierno de Frei. El gobierno de Lagos no escapó de esta onda de malversación fiscal: una serie de diputados fueron acusados, ante los tribunales, por haber recibido “*coimas*” de planteros de la IV región. El caso MOP-Gate, que implica a un ex ministro de Obras Públicas, Carlos Cruz, y a la empresa de papel Gate, por recibir dinero de Concesiones, otorgadas a empresas privadas,. La financiera Inverlink, dirigida por Monasterio, estafó a CORFO en 200 millones de dólares. El presidente Lagos, ignorante de la importante suma del desfaldo, sostuvo que esto equivalía al robo de un jarrón, incluso, apareció implicado el ministro Álvaro García, por haber defraudado a la municipalidad de Viña del Mar. Aquitado posteriormente por los Tribunales, fue nombrado recientemente como embajador de Chile en Suecia.

Pareciera que la vieja honestidad de los políticos republicanos hubiera desaparecido por completo, como si la virtud republicana hubiera fenecido entre los muros de la Moneda en llamas. Todos estos escándalos no nos debieran extrañar, cuando en la concepción neoliberal de la política, el mercado se transforma en un dios todopoderoso que devora, como víctimas propiciatorias, a toda actividad que persiga fines éticos y de grandeza. El objetivo de los pensadores neoliberales, Hayek y Friedman, es derrotar toda política de estado de bienestar, así, la seguridad social deberá ser ahorro individual, como ocurre con las AFP, en Chile que juega con los fondos de los pensionados en las fluctuaciones del mercado, o la medicina privada, manejada por las Isapres, la educación transformada en empresa. La idea central es instaurar una dictadura del mercado que, por cierto, no es un régimen político, no es república ni monarquía, no es tiranía ni presidencialismo, es mucho más: es

una forma de civilización, una religión, cuyo único dios es la rentabilidad y que es asaltada, permanentemente, por rutilantes escándalos, como los casos Enron, Parmelat, Citibank con los bonos europeos, y tantos otros. La búsqueda de la rentabilidad tiene otra ética cuyo único fin es el triunfo, importando poco los medios para conseguirlo.

**(III Parte)** 6 diciembre 2006

### ***Los críticos del Chile del Centenario 1910***

Por cierto, cuando nuestro país celebró el Centenario, existían dos Chiles diferentes: el primero triunfante, económicamente rico, que había heredado de la Guerra del Pacífico la riqueza de las dos grandes provincias salitreras – Tarapacá y Antofagasta-, la oligarquía, poseedora absoluta del poder, podía vanagloriarse de los éxitos logrados por Chile en cien años. Las damas de la aristocracia competían entre ellas para agasajar a los invitados extranjeros, con los dineros fiscales; se preparaba el clásico derby en el hipódromo, con caballeros vestidos de colero y las damas luciendo sus mejores sombreros. Se construyeron grandes edificios públicos, como el museo de Bellas Artes, y se preparaba el famoso Te Deum y la parada militar.

Este era el Chile contento y saciado, que vivía de las riquezas del salitre y, ni siquiera, pagaba impuesto a renta, sólo algunas desgracias nublaban este claro panorama: en agosto de 1910 moría el presidente Pedro Montt, en Bremen, Alemania y, a causa de un resfrío moría también su sucesor, don Elías Fernández Albano. Chile se encontraba sin presidente a días de la celebración del Centenario. ¿Quién podría ocupar el cargo? Normalmente le correspondía al ministro más antiguo – considérese que la duración media de los secretarios de Estado, en la república plutocrática no superaba los cuatro meses; la única persona que reunía las condiciones preestablecidas era don Luis Izquierdo, pero una dama enamorada de don Emiliano Figueroa solicitó a don Luis dejar el paso a Emiliano Figueroa. Nada más adecuado que este personaje para presidir las fiestas del Centenario: hombre de mundo, galante y afortunado, era el perfecto postillón para recibir la visita del mandatario argentino, Figueroa Alcorta; incluso, nuestro presidente se dio el lujo de ganarle al argentino en las apuestas del derby.

El otro Chile vivía en la miseria: en el norte los obreros del salitre trabajaban más de doce horas diarias, sin ninguna seguridad en el empleo y con el riesgo de caer, permanentemente en esas tinas hirvientes que eran los cachuchos; ganaban un salario entre cuatro y seis pesos, que se devaluaban continuamente a causa de la implantación del papel moneda. Por lo demás, a mayoría recibía el salario en fichas que sólo podían ser canjeadas en la pulpería de la misma oficina salitrera. En general, el kilo de carne no era tal, sino tres cuartos, pues las pesas eran arregladas a su antojo por los pulperos. Las habitaciones eran verdaderas barracas, hirvientes durante el día y heladas en la noche. Los habitantes de las grandes ciudades vivían en conventillos, en las famosas piezas redondas, que hacinaban hombres, mujeres y niños, con el riesgo de la promiscuidad permanente.

Muchos años después, la novela *El Roto*, de Joaquín Edwards Bello, desató el escándalo por relatar, al estilo realista, la vida prostibularia de Esmeraldo, el roto, el protagonista de dicha obra, cuya historia se desarrolla en los prostíbulos de la calle Matucana. En la época del Centenario, un tercio de los niños moría antes del año de vida; la tuberculosis, el tifus y otras epidemias derivadas de la situación de pobreza, diezaban a la población.

En un ensayo de María Angélica Illanes, nos relata cómo se desarrolló la gota de leche y los primeros intentos de medicina social, producto de la constatación del estado miserable de la salud, (Illanes, 2002). Tan alta tasa de mortalidad llevó a afirmar a Tancredo Pinochet – escritor y periodista -, que Chile era un verdadero matadero. Incluso hubo años, a comienzos del siglo XX, en que población disminuyó ostensiblemente.

En 1900, el líder radical Enrique MacIver, pronunciaba un discurso, en el Ateneo de Santiago, sobre la crisis moral de la República. Para MacIver, Chile había heredado la pócima letal de las ricas provincias de Tarapacá y Antofagasta. La misma corrupción que llevó a la derrota al Perú, se repetía en Chile: *“Me parece que no somos felices; se nota un malestar que no es de cierta clase de personas ni de ciertas regiones del país, sino de todo el país y de la generalidad de quienes lo habitan. La antigua holgura se ha trocado en estrechez, la energía para la lucha de la vida en laxitud, la confianza en temor, las expectativas en decepciones. El presente no es satisfactorio y el porvenir aparece entre sombras que producen la intranquilidad”*. (MacIver, 1900, cit. por Gazmuri, 2001:33). Después de detallar los pocos avances logrados, MacIver critica la paralización de la agricultura, de la manufactura, y que Chile sólo vive de la riqueza del salitre. Por último, termina constatando la decadencia moral de la República, donde las grandes banderas de lucha de la revolución de 1891 han caído en el más completo descrédito. La famosa idea de la comuna autónoma se ha transformado en guarida de intereses espúreos. Los ideales de la libertad electoral se han corrompido, las virtudes republicanas se han perdido. La administración, antes capaz y eficiente, se demuestra inútil. El discurso de MacIver fue como el primer campanazo de alerta ante la autocomplacencia del Chile parlamentario.

Quizás, uno de los más interesantes críticos del Centenario fue el profesor secundario, formado en el primer Instituto Pedagógico, Alejandro Venegas quien, desgraciadamente, es aún desconocido por el gran público. Venegas nació en Melipilla, a fines del siglo XIX. Su padre fue alcalde de esa ciudad y su hermano luchó en la Guerra del Pacífico. A pesar de su anticlericalismo declarado, tuvo una hermana monja. Siendo profesor en Chillán, se enamoró de una dama quien, a consecuencia de los chismes de las amigas, lo abandonó. Venegas, enloquecido, decide suicidarse, pero se le aparece un mendigo, barbudo y maloliente, que lo convence de no abandonar esta vida y dedicarla al servicio de los pobres.

El diálogo está relatado en su primera obra La procesión de Corpus. Posteriormente, Venegas ocupa varios cargos en distintos Liceos del país: El Almendral, en Valparaíso, vicerrector del Liceo N.1, de Talca, cuyo rector era Enrique Molina, condiscípulo del Pedagógico y primer rector de la Universidad de Concepción. Venegas era un sabio profesor que dominaba, al menos, cinco idiomas, y desde las academias literarias, con nuevas metodologías pedagógicas, logró formar un importante grupo de intelectuales, entre los que se cuentan Armando Donoso, Francisco Encina, y otros.

Sus alumnos lo admiraban y apreciaban e, incluso, no dejaron nunca de visitarlo, cuando fue exonerado y enviado a vivir a Maipú. Aprovechando unas vacaciones, Venegas se disfraza para no ser reconocido por sus alumnos y recorre todo el país, en tren, en carros de tercera clase. El relato de Venegas constituye un documento insustituible para comprender, desde el terreno, la realidad del país, por ejemplo, en Iquique denuncia los abusos de los tinterillos, quienes se aprovechan de la ignorancia de los mineros en beneficio propio. También visita la Escuela Santa

María, escenario de la matanza de 1907, donde un profesor le muestra las manchas de sangre aún grabadas en los muros. Al beber el agua de esta ciudad constata el insalubre estado del vital elemento, a cargo de la empresa monopólica de North. En Chillán visita los baños públicos, notando la asquerosidad y desaseo en las que se mantenían. En Lota duerme con los obreros, en las “*camas calientes*”, en Temuco denuncia el abuso respecto a la expropiación de tierras de los mapuches...

Alejandro Venegas utilizará un seudónimo, Dr. Julio Valdés Cange, para escribir sus cartas, en primer lugar al Presidente Pedro Montt, en 1909 y, posteriormente, a Ramón Barros Luco, 1910. Las primeras se titulan Cartas al Excelentísimo Sr. Pedro Montt, y las segundas Sinceridad, Chile íntimo, 1910, a Barros Luco. En las cartas a Pedro Montt le recuerda al presidente que él fue elegido por una gran mayoría nacional y representó las esperanzas de muchos, en el sentido de realizar una Reforma en el sistema parlamentario. Con Claridad, le pregunta cómo ha respondido a estas esperanzas, qué ha hecho para realizarlas, y termina manifestando su decepción. “*el país sigue siendo dominado por los banqueros y los agricultores, que se han aprovechado del papel moneda para enriquecerse a costa de la devaluación e inflación. Los diputados y senadores se han transformado en gestores administrativos y defensores de los salitreros. El único afán es acumular riquezas, el país está podrido*”. Más allá, cuando habla de los pobres: “*nuestro pobre roto, entre tanto, víctima de la ignorancia, del fanatismo y de la miseria, se embrutece cada día más en las tabernas, y su raza degenera con una rapidez asombrosa que sólo los ciegos no pueden ver...*”(Valdés Cange, 1909, cit. por Cristián Gazmuri, 2001:150).

Valdés Cange no se traga las palabras al vilipendiar a las clases medias, “*nuestra clase decente, cubierta de oropeles, vive una existencia frívola y llena de mentiras e hipocresía. Las tres cuartas partes de las personas que se presentan en público con elegancia y lujo, no disfrutan en su hogar de verdaderas comodidades, ni se pueden proporcionar una alimentación sana y abundante: tienen que descuidar la higiene para mantener su aparente condición social*” (Valdés Cange, 1909, cit, por Gazmuri, 2001:150).

Al igual que MacIver, Valdés Cange constata una crisis moral: “*Es la falta de moral el síntoma más alarmante de esta sociedad enferma; casi me atrevería a decir que más que un síntoma es la dolencia misma, en efecto, si se buscan las causas primeras y las prevaricaciones, los robos, los escándalos, las grandes caídas, la prostitución de familias de buen tono, encontramos como principal y casi único origen la cobardía moral, en unos, para afrontar la adversidad, en otros, para resignarse a la condición modesta que le cupo en suerte, y en los demás, para censurar los actos que repugnan su conciencia*” (Valdés Cange, 1909, cit. por Gazmuri, 2001:153). La raíz de estos males, denunciados por el profesor Venegas, surge del famoso papel moneda, que devaluaba permanentemente el costo de la vida. Esta medida fue necesaria en la crisis económica de 1879, que estuvo a punto de derrumbar al gobierno de Aníbal Pinto y de arruinar a los bancos. La inflación creciente perjudicó, principalmente a los pobres, a quienes Venegas les dedica su labor pedagógica. Muchos antes que Ramírez Necochea, el profesor Venegas descubrió la raíz de la guerra civil de 1891, en la defensa de los intereses de abogados de las salitreras, agricultores y banqueros. Dentro de los alumnos del pedagógico, Venegas se encuentra en una posición solitaria de adhesión al presidente mártir.

Chile íntimo, 1910, fue una obra de denuncia que causó un tremendo impacto en la sociedad chilena. Un desconocido “*doctor*” se atrevía a desnudar, con durísimas palabras, la lacerante realidad del Chile del Centenario. La oligarquía no pudo más

que reaccionar con rudeza. Por ejemplo, el senador Gonzalo Bulnes, conocido como patriotero y militarista autor de una historia de la guerra del pacífico, en una sesión del parlamento, acusa a Venegas de antipatriota y pide su inmediata expulsión de la administración pública.

Las ideas populares y antimilitaristas y, sobre todo, antioligárquicas, parecían inaceptables a una clase que se sentía llamada por Dios al poder. Se investiga por todos lados quién el famoso Dr. Valdés Cange e incluso un crítico literario descubre en su estilo al profesor. Ante el terror de que la acusación se extienda a su amigo Enrique Molina, Venegas confiesa ante el gobernador la autoría de semejante obra revolucionaria. Como pueden imaginarse, se acoge inmediatamente a jubilación y se retira al campo de Maipú, donde ordeña vacas y vende leche, en un pequeño almacén de abarrotes. Antes de morir viaja por América Latina y escribe un libro dedicado a la unidad del continente.

Para Venegas, en Chile sólo existen dos clases sociales: los ricos y los pobres, los explotadores y los explotados; la clase media no tiene ninguna importancia y, en general, tiende a aliarse al más fuerte. La educación, que constituía la tarea principal de nuestro profesor, es criticada ácidamente. Los profesores de instrucción primaria carecen de todo conocimiento pedagógico y son nombrados por influencias políticas; por ejemplo, la historia era enseñada por los abogados, las ciencias naturales, por los médicos y no faltaban ignaros carniceros que en los campos enseñaban a hacer disecciones; incluso, cuenta Venegas que una dama reprochó a su cónyuge diputado por haber votado a favor de la creación de una escuela, en el campo, diciéndole que por ello las *“chinas se van a rebelar y ya no obedecerán las órdenes de sus patronos”*. Al igual que Belén de Sárraga, Venegas fustiga a la educación privada acusando a los sacerdotes y monjas de enriquecerse con la pobreza.

Si bien Venegas no pertenecía a ninguna corriente socialista y más bien votó y participó en las campañas de los candidatos de la Alianza Liberal, especialmente se sintió motivado con la candidatura de Pedro Montt. En el fondo, sus Cartas son un grito de decepción ante el fracaso del Resurgimiento, que era la promesa del candidato Pedro Montt, en el sentido de terminar con los escándalos financieros del período de Germán Riesco, y realizar reformas al sistema parlamentario que, ya en ese tiempo, olía a podrido. No sólo Venegas creyó y puso su confianza en Pedro Montt, lo mismo ocurrió con el socialista Luis Emilio Recabarren. Si se pudiera establecer un símil, podríamos decir que las expectativas despertadas en 1906 fueron muy parecidas a las esperanzas revividas por la candidatura de Ricardo Lagos, a la presidencia de la república, en 1999. En ambos casos, los sueños de cambio se vieron frustrados.

La Carta Quinta está dedicada a la decadencia y corrupción e los partidos políticos: el Partido Liberal, mayoritario, ha perdido toda concepción doctrinaria, lo dominan los caudillos, cada caudillo constituye una fracción; el Partido Radical, que antes despertó esperanzas, ha plegado sus banderas doctrinarias y se ha sentado en el banquete común de los comilones de los bienes fiscales. Venegas critica la apropiación indebida de la educación, por parte del radicalismo. El antiguo Partido Liberal Democrático es hoy una vergüenza, se ha transformado en una agencia de empleos para los suyos, dando la espalda al presidente mártir. Llega a decir Venegas que *“ese Partido mercantil y logrero que ha tomado el nombre sarcástico de liberal democrático...obtuvo el predominio de la dirección de la república de una manera definitiva el peor elemento de todos, el elemento oligárquico”* (Valdés Cange, 1910:76). Para Venegas todos los partidos son lo mismo: liberales

democráticos, nacionales, radicales e, incluso, los demócratas, carecen de programas e ideas, lo único que interesa es lograr cargos en la administración pública para sus militantes. Pareciera una descripción actual de los partidos políticos.

---



Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios "Miguel Enríquez", CEME: <http://www.archivochile.com>

Si tienes documentación o información relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, testimonios, discursos, declaraciones, tesis, relatos caídos, información prensa, actividades de organizaciones sociales, fotos, afiches, grabaciones, etc.)

Envía a: [archivochileceme@yahoo.com](mailto:archivochileceme@yahoo.com)

**NOTA:** El portal del CEME es un archivo histórico, social y político básicamente de Chile. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores. Los contenidos de cada fuente, son de responsabilidad de sus respectivos autores, a quienes agradecemos poder publicar su trabajo.

© CEME web productions 2003 -2007 